PATRICK MODIANO

La bailarina

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
La bailarina
Notas
Créditos

¿Pelo negro? No. Más bien castaño oscuro con ojos negros. Es la única de la que sería posible encontrar fotos. De los otros, salvo del niño, de Pierre, las caras se han difuminado con el tiempo. Por lo demás, era un tiempo en el que se sacaban muchas menos fotos que ahora.

Y sin embargo algunos detalles siguen bastante presentes. Habría que hacer una lista. Pero sería muy difícil seguir el orden cronológico. El tiempo que ha enturbiado las caras ha borrado también los puntos de referencia. Quedan algunas piezas de un puzle, separadas unas de otras para siempre.

A última hora de una tarde de noviembre o de diciembre había ido a buscar a un niño llamado Pierre a un edificio del noroeste de París para llevarlo a su casa. Se me ha olvidado el nombre de la calle. Una puerta cochera imponente y uno de esos ascensores con puertas de cristal, tan lento y silencioso que uno se pregunta si no va a detenerse entre dos pisos. En una espaciosa estancia que debía de ser el salón estaban reunidos unos niños. En una mesa baja, los restos de una merienda de cumpleaños. La mujer elegante que me había abierto me condujo hasta el fondo de la habitación donde Pierre estaba jugando a las cartas con un rubito a quien la mujer llamaba «Ronnie».

–Tu amigo tiene que irse, Ronnie... Tienes que despedirte de él, Ronnie...

Y nos encontramos los dos en el descansillo.

Fuera estaba oscuro. Lo había cogido de la mano. Sí, todos los niños presentes en el piso eran compañeros de clase del centro Dieterlen, una escuela de ese mismo barrio donde iba a veces a recogerlo a media tarde. Ronnie, el rubito que jugaba a las cartas con él y cuyo cumpleaños habían celebrado, era su mejor amigo. Faltaba poco para las vacaciones de Navidad y tenía la esperanza de que con tal motivo lo llevasen al cine con Ronnie.

Hete aquí que un instante del pasado se incrusta en la memoria como un destello de luz que nos llega de una estrella que creemos muerta desde hace mucho tiempo. Pierre. Merienda de cumpleaños. Ronnie. Por supuesto que iría al cine durante las vacaciones de Navidad. Incluso me proponía llevarlo yo si su madre no tenía tiempo. Andando juntos a última hora de aquel día nos quedábamos callados a menudo, pero el trayecto era mucho más corto que el que hacíamos a veces a media tarde desde el centro Dieterlen.

Habíamos cruzado la verja de los grandes bloques de edificios de ladrillo de la Puerta de Champerret. Subíamos la escalera de cemento hasta el segundo piso. Hovine nos abrió la puerta, como si nos estuviera esperando. El piso era muy diferente de aquel del que veníamos. Cuatro habitaciones a lo largo de un pasillo. A la izquierda de la entrada, la cocina con una ducha. Las ventanas daban al patio.

–La bailarina no volverá esta noche –me dijo Hovine–. Está ensayando *El tren de las rosas* ...

La bailarina era la madre de Pierre. La llamábamos por ese apodo. Y *El tren de las rosas* , un ballet que había interpretado a menudo.

Pierre estaba sentado en el sillón de cuero y leía una revista ilustrada.

–Voy a comprar unas cosas para la cena –dijo Hovine.

Si me enseñasen hoy dos fotos antropométricas de su rostro –de cara y de perfil–, ¿tendría alguna posibilidad de reconocerlo?

Era de estatura media. Pelo negro rizado. Ojos claros. Por lo que había entendido, la bailarina y él se conocían desde que eran pequeños.

Estábamos en la primera habitación pasada la cocina, la que hacía las veces de salón y donde se reunían de tarde en tarde los amigos de la bailarina, en el diván grande y en el sillón de cuero donde estaba Pierre esa noche. La habitación siguiente, que daba al pasillo, era el cuarto de la bailarina, y su hijo ocupaba el cuarto del fondo.

Pero no tengo un recuerdo preciso del color de las paredes. Creo que eran de un tono bastante oscuro y me parece ahora que ese piso nunca lo vi de día. Una luz velada, como si las bombillas de las lámparas y de la araña del salón no fueran de suficiente voltaje.

Hovine se puso su acostumbrado abrigo de espiguilla. La puerta se cerró de golpe. Las paredes debían de ser bastante delgadas porque siempre se oían pasos y voces en las escaleras.

Pierre seguía leyendo la revista, abierta encima de las rodillas. Continué pasillo adelante y entré en el cuarto de la bailarina. ¿A qué hora volvería? Bien entrada la noche, seguramente. Si Hovine tenía que irse después de cenar, sería yo quien se ocupase de Pierre y lo llevase quizá al día siguiente por la mañana al centro Dieterlen. No merecía la pena encender la lámpara de esta habitación. La iluminaban de sobra las luces de las ventanas del edificio de enfrente. Yo miraba a menudo esas ventanas y acababa por reconocer las siluetas que pasaban tras los cristales.

Al volver al salón vi que la revista de Pierre se había caído al suelo. Se había quedado dormido con la frente apoyada en el brazo del sillón.

Así que, desde hacía unos días, me volvían, a retazos, las imágenes de una temporada muy remota de mi vida. Hasta ahora, las cubría una capa de hielo. Tenía pese a todo a ratos el inconcreto presentimiento de que aquello no iba a durar. Era inevitable que un día u otro se derritiese el hielo y que esas imágenes volvieran a aparecer igual que suben los ahogados a la superficie del Sena. ¿Y por qué ocurría ahora, en una ciudad que había cambiado hasta tal punto que no me traía ya ningún recuerdo? Una ciudad extranjera. Se parecía a un gran parque de atracciones o la zona *duty-free* de un aeropuerto. Mucha gente por las calles, más de la que nunca había visto antes. Los transeúntes iban andando en grupos de unas diez personas, tirando de maletas con ruedas, y la mayoría con mochila. ¿De dónde venían esos cientos de miles de turistas de los que uno se preguntaba si no serían ya los únicos que iban a poblar a partir de ahora las calles de París? Estaba esperando que se pusiera rojo el semáforo para cruzar el bulevar de Raspail y había un hombre en la acera de enfrente. Reconocí en el acto a Verzini. Y noté un repentino malestar, el de hallarme en presencia de alguien a quien creía muerto hacía mucho.

Quizá se trataba de un mal sueño. O de un error por mi parte. Sin embargo, reconocía el volumen del pelo, tan copioso como siempre, no ya negro, sino de un blanco de nieve, y el rostro de rasgos toscos.

Estaba esperando a que cruzase el bulevar. Cuando llegó a mi altura, en el filo de la acera, me volví hacia él.

–Es usted Serge Verzini, ¿verdad?

Me lanzó una mirada, la misma mirada de antaño, penetrante y dura a un tiempo.

–No. Comete usted un error.

La misma voz de bajo, que me pareció algo rasposa.

No se movía, mirándome con insistencia.

–¿De verdad? ¿Nos conocemos?

Dudaba en responderle. Debía citarle nombres e indicarle un año concreto. Pero todo se me enturbiaba en la cabeza. Me entraban ganas de dejarlo allí plantado, pero acabé por decirle:

–Sí, nos conocimos en la noche de los tiempos.

Había fruncido el entrecejo y se le había endurecido la mirada.

–¿Qué quiere decir la noche de los tiempos?

De repente estaba a la defensiva.

–Disculpe..., creía que era usted Serge Verzini.

Había adoptado un tono indiferente e incluso me había encogido de hombros.

Pareció quedarse reflexionando unos instantes. Y luego:

–¿Quiere que tomemos algo allí?

Me indicaba el café que estaba en la esquina del bulevar y de la calle de Le Cherche-Midi.

Estábamos sentados a una mesa, uno enfrente del otro, solos en la sala, cosa que me extrañaba. Desde hacía algún tiempo los cafés y los restaurantes de París estaban a rebosar. Delante de la mayoría de ellos había incluso colas.

Un silencio entre nosotros. Parecía molesto. Seguramente me correspondía ser el primero en hablar.

–¿Sigue al frente de La Boîte à Magie? [1]

Un restaurante donde se celebraba, los sábados, una «cena-espectáculo». Se iban sucediendo, a un ritmo veloz, números raros de intérpretes no menos raros. Pero íbamos más bien durante la semana y allí estábamos entre nosotros. Ese local se encontraba en una callecita, no muy lejos de la Puerta de Champerret, donde vivían la bailarina y Pierre. Pero eso pertenecía a un pasado tan lejano...

Había esbozado una sonrisa. Y se le había dulcificado la mirada. Creo incluso que ahora me observaba con cierta compasión.

–¿La Boîte à Magie? No, no me suena de nada. Pero conocí en la noche de los tiempos, como dice usted, a un tal Serge Verzini. A lo mejor me encontró usted con él y confunde a las dos personas.

Nos estaban sirviendo unas granadinas. Bebió un trago largo y dejó con un gesto despacioso el vaso encima de la mesa.

–Apenas si me acuerdo del Verzini ese. Salvo por el apellido.

Le observaba el rostro. Me parecía menos brutal que el que tenía en la época en la que lo había conocido. Las mejillas se le habían quedado chupadas, la nariz se le había adelgazado, los ojos me parecieron más pequeños y más hundidos en las órbitas, la frente más despejada bajo el pelo blanco.

–Disculpe –me dijo–, no tengo ningún recuerdo de usted.

–Entonces quizá recuerde a la que llamábamos la bailarina y a su hijito Pierre.

–En absoluto.

Me dio la impresión de que eludía mis preguntas. Quería citarle otros nombres y acorralarlo, pero había pasado casi medio siglo y eso bastaba para haberlo olvidado todo. E incluso para haberse convertido en otra persona en una ciudad donde ya no podía uno recuperar su antiguo rastro.

Tras la cristalera veía pasar los grupos de turistas habituales desde hacía unos meses, con la mochila a la espalda y tirando de las maletas de ruedas. La mayoría llevaba pantalones cortos, camisetas y gorras de tela con visera. Ningu-

no entraba en el café donde estábamos, como si perteneciese todavía a otra época que lo protegía de esa muchedumbre. Por ambos lados del bulevar se encaminaban todos, en prietas filas, hacia SèvresBabylone.

Había apoyado la palma de la mano izquierda en la mesa y me fijé, en el índice, en una sortija en cuyo sello estaban grabadas las iniciales SV, exactamente la misma que llevaba Verzini cuando lo conocí.

Acabé por decirle, indicando la sortija:

–¿Sigue usando las mismas iniciales?

–Está visto que no se le puede ocultar nada.

Se encogió de hombros. Luego se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una agendita de cuero a la que arrancó una página. En ella escribió algo con el portaminas de la agenda.

–Si quiere volver a verme, le doy mis señas, mi número de móvil y también mi número fijo.

Me alargó la página donde estaba escrito:

06.580.015.283.
Fijo: Opéra 81.60
Calle de Godot-de-Mauroy, 9 (9º)

–Llámeme más bien al fijo.

En la calle nos zarandeaba el raudal de turistas. Avanzaban en grupos compactos y le cortaban a uno el paso.

–Quizá reanudemos un día nuestra conversación –me dijo–. Queda tan lejos todo aquello... Pero intentaré pese a todo acordarme...

Le dio tiempo a hacerme una señal con el brazo antes de que lo arrastrasen y se perdiera en ese ejército en desbandada que tenía empantanado el bulevar.

A veces se recupera en los sueños la luz de aquel tiempo tal y como era en algunos momentos concretos del día.

La bailarina llegaba por la mañana, a las siete cuarenta y cinco, a la estación del Norte. Luego, el metro hasta la plaza de Clichy. El edificio del Estudio Wacker era vetusto. En la planta baja, una decena de pianos de segunda mano, colocados en desorden, como en un almacén. En las plantas, algo así como una cantina con un bar y los estudios de danza clásica. Asistía a unas clases de Boris Kniaseff, un ruso considerado como uno de los mejores profesores... Un olor peculiar a madera vieja, a lavanda y a sudor. Alternaba con bailarines de todas las categorías: bailarines de la Ópera o del music-hall. Jean-Pierre Bonnefous, Marpessa Dawn..., otros cuyo nombre he olvidado.

Cuando la clase era por la tarde, salía a eso de las siete. ¿Por qué el Estudio Wacker va asociado a los meses de otoño y del primerísimo inicio del invierno, por la mañana temprano, cuando todavía es de noche, y a media tarde, cuando ya ha caído la noche?

A esas horas a uno le daba la impresión de fusionarse con la ciudad. Andaba y no era sino una mota de polvo entre las motas de polvo de las calles. A poco, no necesitó ya tomar el tren de última hora de la tarde, en la estación del Norte, para regresar a un extrarradio lejano. La habitación que alquilaba en la calle de Coustou estaba muy cerca del Estudio Wacker. Bastaba con ir siguiendo la fachada del liceo Jules-Ferry y tirar por el bulevar hasta la plaza Blanche. Incluso a principios de invierno había cierta templanza en el aire. Y cuando hacía frío las luces del bulevar eran aún más brillantes y más cordiales. En el paseo central colocaban casetas de feria inmediatamente antes de Navidad. Y esos términos propios de la danza que me vuelven a la memoria sin que hoy en día sea capaz de concretar el sentido exacto. La diagonal. La variación. El *déboulé* . La *barre à terre* o barra al piso. Todavía a veces me los recito en voz baja. Tienes que aprender también a «quebrar el codo» para dar una impresión de fragilidad. Sí, quebrar el codo. La danza clásica, decía Kniaseff, es una disciplina que nos permite sobrevivir. Una noche, estaba sentado con ella en el bar del Estudio Wacker, en la penumbra. Estaban solos, pues las clases habían acabado hacía mucho. Le estaba explicando que esa disciplina da de verdad un sentido a la vida y nos impide ir a la deriva. Él mismo... Estaba asombrada de que le hiciese confidencias, él que solía ser tan reservado y se atenía a algo así como una rigidez militar. ¿Sabes por qué los rusos han destacado en esta disciplina más que en las otras? Porque muchos de ellos necesitaban luchar contra su caos interior, su violencia y el abatimiento que se adueñaba de ellos de vez en cuando. Y se echaba a reír, pues ella lo escuchaba con la boca abierta. «Eres mi alumna favorita y no hay que tener miedo de sufrir y de sangrar en las zapatillas de puntas. ¿Comprendes?» Era la primera vez que él le hablaba de verdad. Durante las clases, tenía tan poca confianza en sí misma que nunca habría podido imaginarse que se hubiese fijado en ella en particular. Es cierto que estaba a menudo con bailarinas o bailarines mayores que ella y más curtidos. Y aquella noche él le había dicho que era su «alumna favorita». Y había añadido incluso, aludiendo a una de sus antiguas alumnas: «Si sigues así, serás tan buena como Chauviré...».

Se habían separado al salir del Estudio Wacker y se había quedado inmóvil, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció, bulevar de Les Batignolles adelante, enfundado en la vieja cazadora, con la boina calada hasta las cejas. Al verlo andar dándole la espalda, le parecía que Kniaseff era tan ingrávido que los pies apenas si le tocaban el suelo. Eso era la danza clásica, solía decirles a sus alumnos. Tanto trabajo para dar la ilusión de que alza uno el vuelo sin esfuerzo a pocos metros del suelo. Iba ella caminando bajo los árboles del paseo central y sentía una gran exaltación. Se repetía las palabras que le había dicho: «Eres mi alumna favorita». Y, según subía a su habitación, ni siquiera había notado los escalones.

Nunca supe de verdad en qué ocasión conoció a Hovine. Me había dicho que era un amigo de infancia de los tiempos en que vivía en SaintLeu-la-Forêt. Con Hovine coincidí por primera vez la noche en que fuimos los tres a buscar al niño, a Pierre, a la estación de Austerlitz.

Hasta ahora ignoraba que tuviese un hijo. Estábamos allí casi media hora antes. Pierre viajaba solo y ella temía que se hubiera perdido. Nos sentamos en un banco en el vestíbulo de la estación, lo más cerca posible de la vía por la que iba a llegar el tren.

No me dio muchas explicaciones acerca de su hijo. Pierre tenía siete años y lo había dejado a cargo de unos familiares suyos. Ninguna alusión tampoco al padre del niño. Hovine debía de estar más al tanto.

Cuando entró el tren en la estación nos apostamos al principio del andén. Observaba inquieta el raudal de viajeros sin vislumbrar a Pierre entre todas aquellas personas apelotonadas. Al cabo de cierto tiempo, el raudal se agotó y no quedaban ya sino unas cuantas personas aisladas. Íbamos por el andén a contracorriente. Fue Hovine quien lo vio apearse de uno de los últimos vagones como si hasta ese momento hubiese tenido miedo de perderse entre el gentío.

Su hijo parecía intimidarla. Estaba claro que él también se mostraba con ella algo reservado. Estaban ambos frente a frente como si se vigilasen antes de que se inclinase hacia él y lo besase con torpe ademán. Me pregunté cuánto tiempo llevaba sin verlo. Nunca obtuve una respuesta por su parte. Con ella, a menudo, todo se quedaba así, impreciso. En la solapa del abrigo de Pierre me llamó la atención una etiqueta donde habían escrito sencillamente el nombre de pila, como hacían con los niños evacuados por tren durante la guerra. Hovine le llevaba la maleta, una maletita de hojalata. No había mucha gente en la parada de taxis. Ella se sentó con Hovine y Pierre en los asientos de atrás y yo me senté delante.

Pierre miraba el paisaje por la ventanilla. ¿Conocía París? Si era la primera vez que venía seguramente se le quedaría en la memoria ese trayecto a través de la ciudad. Pero ¿recordaría a quienes lo acompañaban? Estábamos llegando a la plaza de La Concorde y me volví hacia él. Aparentemente todos esos faroles encendidos lo tenían impresionado. Ella también seguía callada. La separación había debido de ser larga, ya que no se le ocurría nada que decirle.

El taxi se detuvo ante los bloques de edificios de la plaza de la Puerta de Champerret. Vivía allí desde hacía muy poco y por eso se había traído a Pierre a París.

–Espero que te guste tu cuarto.

Él no contestó. Alzaba la cabeza para mirar las fachadas de los edificios.

Era la temporada más insegura de mi vida. Yo no era nada. Día tras día me daba la impresión de ir flotando por las calles y no conseguir diferenciarme de esas aceras y esas luces, hasta el punto de volverme invisible. Y, sin embargo, tenía el ejemplo de alguien que practicaba un arte difícil, «muy, muy difícil», como repetía Kniaseff con su acento ruso tan leve que parecía un acento inglés o vienés. Y creo desde luego que el ejemplo de la bailarina, sin tener clara conciencia de ello, me incitó a ir modificando poco a poco mi conducta y a salir de esa incertidumbre y de ese vacío que eran los míos.

Poco antes de conocerla estaba intentando alquilar una habitación y recuerdo haberme presentado en una agencia inmobiliaria de la plaza de La Madeleine en cuya placa me había fijado. Eran las siete y media de la tarde y el hombre que me abrió me dijo que era demasiado tarde para atender a clientes.

Fue delante de mí, pese a todo, cruzando por habitaciones vacías hasta su despacho. Me preguntó cuánto podía pagar de alquiler. Trescientos francos. «No es mucho», me dijo chupando con expresión pensativa el extremo del bolígrafo. Y, ante su escaso entusiasmo, me disponía a despedirme cuando añadió: «A lo mejor tengo algo para usted». Y me habló de un hombre que alquilaba habitaciones en el barrio. «Le doy su número de teléfono. Llámelo de mi parte.»

Llamé al tal Serge Verzini y quedamos delante de un edificio de una de esas calles cercanas a La Madeleine. La habitación era abuhardillada y diminuta, al fondo del todo de un pasillo largo donde iban sucediéndose puertas, cada cual con un número en una plaquita de esmalte. La mía era la número 23. Luego me llevó a un bar de la calle Godot-de-Mauroy para «firmar el contrato», un bar con entrepaños de madera clara, que era suyo. Yo me había preguntado qué profesión tenía mientras me enseñaba la habitación. Pero allí, sentados frente a frente en los sillones de cuero, pensé que el pelo negro recogido hacia atrás, los rasgos bastante brutales del rostro y la elegancia indumentaria encajaban con el escenario en el que nos hallábamos.

Me explicó que era el propietario de todas las habitaciones del pasillo, habitaciones en las que vivía en el pasado el personal del edificio. Pero no había personal desde hacía mucho.

–¿Es estudiante? –me preguntó.

–No. Escribo letras de canciones.

Él había regentado durante una temporada un cabaret donde había artistas que daban recitales. Ahora era propietario de un local más modesto en el distrito diecisiete, La Boîte à Magie. Allí los sábados por la noche se celebraba una «cenaespectáculo». Pero los demás días lo frecuentaban una bailarina de ballet y su pandilla de amigos.

–Debería ir. Seguramente se encontrará allí con colegas.

¿Por qué era tan amable conmigo? A lo mejor le gustaba la juventud... No había ningún cliente a nuestro alrededor aquella tarde. ¿La hora valle? A menos que nadie frecuentase ya ese establecimiento y que él, Serge Verzini, se pasase todo el día sentado, solo, en su sillón de cuero.

–Si tiene el menor problema con su habitación, llámeme.

No me había hecho firmar ningún contrato de alquiler. Se había limitado a darme sus señas, o más bien las señas del bar, para que le mandase a principios de cada mes un cheque de trescientos francos.

Algún tiempo después me crucé con él a eso de las nueve de la noche según salía del edificio donde estaba mi habitación, en la calle de Chauveau-Lagarde.

–¿Y qué? ¿Está contento con la habitación?

No me atrevía a decirle que el radiador estaba estropeado. Y se acercaba el invierno.

–¿Está libre esta noche? Lo llevo a La Boîte à Magie.

Yo buscaba unas palabras de disculpa para despedirme. Pero, sin preguntarme qué me parecía, abrió la portezuela derecha del coche y me indicó con un ademán que subiese. Estuvo callado durante todo el trayecto, que me pareció muy largo. Por fin, giró en una calle estrecha, inmediatamente antes del bulevar de Pereire.

–Aquí está... Ya llegamos...

Una sala de restaurante que iluminaban débilmente unas lamparitas encima de las mesas. Una barra a la entrada. Una tarima al fondo del todo, que podía hacer las veces de escenario. Sillones pegados a la pared, cerca de la barra. Tiró de mí hacia una mesa de restaurante en la que estaban dos jóvenes.

Me indicó con una seña que me sentara a la mesa y se acomodó él también, a mi lado. Parecía conocer muy bien a esas dos personas.

–Un amigo que trabaja en la canción –le dijo a la joven al presentarme.

–¿Ah, sí? ¿En la canción?

Y creo que me miraba con una sonrisa irónica.

–Ella es una grandísima bailarina, ¿sabe? –me dijo Verzini.

Luego se puso de pie, dejándome solo con ellos, y fue a reunirse con dos hombres sentados en los sillones, cerca de la barra. No conservo sino un recuerdo discontinuo de aquella velada, como si hubiese transcurrido con un ritmo entrecortado y cada vez más rápido. ¿Quién era ese que estaba en la mesa de la bailarina aquella noche? No podía ser Hovine, con quien coincidí más adelante, ni Jean-Pierre Bonnefous, que asistía con ella a las clases de Kniaseff en el Estudio Wacker. Salimos del restaurante y aquel hombre que la acompañaba y cuyo rostro se ha borrado para siempre se separa de nosotros en la acera. Estoy solo con ella. Me dice que necesita andar y que vive no muy lejos de allí. Le propongo acompañarla.

Vamos por el bulevar de Pereire, luego por la avenida de Villiers. El aire es templado, como en verano, y sin embargo bien creo que estábamos en el mes de noviembre. Y estoy seguro de que a los árboles aún no se les habían caído las hojas.

Hubo a menudo paseos como aquel. A la salida del Estudio Wacker, necesitaba, me decía, andar. Yo esperaba a que terminase la clase sentado al fondo del todo del estudio para no estorbar a nadie, en el hueco de una ventana que daba a la calle de Douai.

Me había presentado a Kniaseff como «autor de canciones» y él me había dicho con expresión suspicaz: «¿Por qué? ¿Quiere ponerla a cantar?». Luego había acabado por acostumbrarse a mi presencia. Por la noche, volvíamos a pie del Estudio Wacker hasta el piso de la calle de la Puerta de Champerret. A veces Kniaseff salía al mismo tiempo que nosotros del estudio y tomaba el mismo camino siguiendo el bulevar de Les Batignolles. Íbamos callados. Nos separábamos de él en el cruce de Villiers y me daba la impresión de que iba a seguir mucho rato aún caminando al azar.

–¿Vive cerca de aquí? –le había preguntado.

–¡Ay, no! Muy lejos..., muy lejos de aquí –me había dicho con voz triste.

Nos daba remordimiento dejarlo solo.

La noche pasada intenté hacer una lista de las personas que formaban un grupito a su alrededor. Para empezar, unos cuantos bailarines y bailarinas del Estudio Wacker cuyos nombres se me han quedado en la memoria: Jean-Pierre Bonnefous, Félix Blaska, Marpessa Dawn, Lebercher, Jeannette Lauret, Michel Panaieff, Nicole Jade...

Nos reuníamos con ellos en la cantina del estudio y, después de las clases, en el Bastos, en el bulevar, cerca del Gaumont Palace.

Iban a veces al piso de la Puerta de Champerret. Y además había otros que frecuentaban más a menudo el piso. Hovine, por supuesto, pero también Youra, de quien solo recuerdo el nombre de pila. Fotografiaba ballets y redactaba textos acerca de esas fotos en programas y en una revista especializada. Lo acompañaba a menudo un tal Lionel Roc, antiguo alumno de la escuela de danza clásica de Le Châtelet y empresario. Un moreno alto y atlético, Tiouls, formaba parte del equipo del Circo de Invierno. Y Peggy Sage. Trabajaba en un instituto de belleza, tras haber sido bailarina. Y unos cuantos rostros y siluetas a los que no puedo poner nombre.

¿Y qué pintaba Serge Verzini en todo esto? Hovine, un día en que estaba solo con él, me había dicho con medias palabras que la bailarina y él conocían a Verzini porque este había tenido amistad con el padre del niño, de Pierre. Todo aquello había ocurrido hacía mucho en SaintLeu-la-Forêt. Y, como notaba que yo habría querido saber más, se había encogido de hombros y se había quedado callado. Yo también. No entraba con mi carácter ser insistente. Bien pensado, la bailarina, durante nuestros largos paseos, ya acabaría por hacerme confidencias.

Me había llamado la atención un detalle curioso referido a la clientela de La Boîte à Magie. Estaba el grupo que rodeaba a la bailarina, algunos de cuyos nombres acabo de citar. Y además, cuando Verzini estaba presente, varios individuos que lo rodeaban a él formaban otro «grupo» que no tenía nada que ver con el de la bailarina y cuyos miembros hablaban entre sí en voz baja, como si quisieran que nadie oyese sus conversaciones. La Boîte à Magie parecía su punto de encuentro. Hombres la mayoría de los cuales tenían la edad de Verzini y la misma elegancia indumentaria un tanto sospechosa. Dos o tres mujeres de vez en cuando, con abrigos de pieles. Y algo así como un gracioso muy jovial, bastante inquietante, que iba de una mesa a otra, hablando alto, de rasgos muy duros y pelo corto. Debía de ser el socio de Verzini y el organizador de las «cenas-espectáculo» de los sábados. Me vuelve su nombre de repente a la cabeza y la verdad es que me pregunto por qué: Olaf Barrou.

Mucho más adelante, las casualidades de la vida me permitieron enterarme de otros detalles acerca de Verzini y de algunos clientes de La Boîte à Magie, e incluso acerca del padre del niño, de Pierre. Quizá vuelva sobre esto llegado el momento. Ahora mismo no querría extraviarme por atajos, sino seguir por un camino bien recto que me permitiría ver mejor. Hay que andar con pies de plomo para burlar el desorden y las trampas de la memoria.

Me acuerdo, por ejemplo, de una sala grande en el sótano del cine Rex, donde ensayaba con algunos bailarines más a quienes dirigía un antiguo miembro de la compañía del marqués de Cuevas. El ballet se llamaba *El tren de las rosas* , uno de sus preferidos. Todos sus esfuerzos para ser más ingrávida, todo aquel trabajo para «quebrar el codo», como decía Kniaseff, y dar a los brazos una fluidez y una fragilidad casi inmateriales... Quizá iba a acabar por alzar el vuelo, por atravesar las paredes y los techos y desembocar al aire libre, en el bulevar.

Los ensayos en el sótano del Rex duraron alrededor de diez días. Y cada noche había el regreso a pie hasta la Puerta de Champerret. El trayecto duraba más que el que hacíamos al salir del Estudio Wacker.

Al principio me costaba seguirla, pero acababa por acostumbrarme a su ritmo. Y poco a poco iba desapareciendo esa sensación de vacío y de estancamiento en las profundidades que me embargaba en algunos momentos del día. Era como si ella tirase de mí y me ayudase a subir a la superficie.

Otro trayecto por París que habíamos hecho juntos era aún más largo que el del cine Rex hasta la Puerta de Champerret. Llevo buscando en vano desde hace unos treinta años el nombre de aquel turco, gran aficionado a la danza clásica, que daba una fiesta todos los años para las bailarinas y bailarines franceses y extranjeros en un pisito que nunca conseguí saber si estaba a la orilla de la dársena de La Villette o a lo largo del canal del Ourcq. Y nadie hasta ahora ha podido decírmelo, así que soy el último testigo.

En dos habitaciones contiguas y a la luz de las velas, como en un cumpleaños, se agolpaban invitados cuyas caras reconocía a veces: Nuréyev, Margot Fonteyn, Babilée, Bonnefous, Yvette Chauviré, Jorge Donn, Béjart, Sonia Petrovna, una muchacha de quien Kniaseff nos había dicho que era francesa, pero que había elegido para bailar en la Ópera un nombre ruso. Pegados a las paredes, divanes en los que se iban sentando por turnos. El anfitrión, un hombrecito moreno y gordinflón con bigote y traje negros, iba de unos a otros, callado y con una eterna sonrisa. Yo estaba siempre cerca de una ventana y no podía por menos de mirar, tras el cristal, el paisaje; esa dársena o ese canal que bordeaban casas bajas y cobertizos donde estaba amarrada una barcaza.

Al salir del edificio, a eso de la una de la mañana, seguíamos oyendo la algarabía de las conversaciones arriba, en el piso. A nuestro alrededor, a orillas de la dársena o del canal, el silencio. Los muelles los iluminaba una luz blanca. Ocurre que, en un sueño, cruzamos por un barrio de París que nos parece tan remoto que nos cuesta trabajo, al despertar, situarlo con exactitud al consultar el plano. Y acabamos por entender que ese barrio pertenecía a otra ciudad –Roma, Londres, Viena, Amberes– y que, para lo que dura una noche, se había incorporado a París, por donde el bosque de Boulogne o bien por el parque Montsouris. O en otro sitio.

Solo, me habría perdido. Pero me fiaba de ella. Ella era quien me guiaba.

Por más que hagamos y que nos creamos fuera de su alcance, no siempre nos libramos de los fantasmas.

La primera vez que se vio ante ese aparecido, vivía aún en la habitación, en la calle de Coustou. Aquella mañana, la clase de ballet había sido algo más tarde que de costumbre, a las diez. Iba andando por el paseo central del bulevar y lo había reconocido cuando los separaba aún cierta distancia. Se disponía, para darle esquinazo, a subirse a la acera que corre a lo largo del liceo JulesFerry, pero prefirió seguir en línea recta. Cuando llegó a su altura, le entró algo así como un vértigo y lo miró de frente a los ojos.

La mirada de él carecía por completo de expresión. Se dio la vuelta y vio cómo se alejaba con paso regular, como si no ocurriera nada.

Pero unos días después, por la tarde, iba ella por el mismo camino hacia el Estudio Wacker. Estaba sentado, solo, en la terraza del Bastos, arrimado a la cristalera. Sintió el mismo vértigo.

Estaba quieta, en la acera, mirándolo fijamente. La mirada se le cruzó con la de él, la misma que la primera vez, una mirada ausente. Con un ademán automático se volvió para observar la entrada del café, donde estaba el reloj, en la pared. A lo mejor estaba esperando a alguien. Llevaba una eternidad sin verlo y por entonces ella no llevaba el mismo peinado. Seguramente no la había reconocido.

Fue un alivio entrar en el Estudio Wacker, como si hubiese cruzado la frontera de un país neutral. Allí no corría ningún peligro. Se quedó un momento en la penumbra de la planta baja, entre las decenas de pianos colocados en desorden. Kniaseff la estaba esperando a la puerta del estudio.

–Estás muy pálida... ¿Algo va mal?

Le bastaba con oír su voz para tranquilizarse. Y según iba haciendo los ejercicios acostumbrados recuperaba la calma. Ese a quien acababa de ver en la terraza de un café no era sino un sosias. O, sencillamente, un individuo inofensivo, a juzgar por su mirada mortecina.

Pero la tercera vez que se topó con él perdió la sangre fría. Era a pocos metros de su edificio. Estaba inmóvil, en la acera de enfrente, delante del garaje grande. Siguió andando para que no la viese entrar en el edificio. Tiró por la calle de Les Abbesses. No la seguía. Había caído la noche. Decidió esperar un rato en la iglesia, más allá, a la que llamaban Saint-Jean-des-Briques.

Estaba sentada al fondo de la nave. Poco a poco, fue recobrando la calma y la misma sensación que en el Estudio Wacker cuando hacía los ejercicios: la sensación de recuperar el control del cuerpo. ¿Qué podía temer? Se levantó, salió de la iglesia y fue en dirección contraria. Andaba tan deprisa que le daba la impresión de no tocar ya el suelo. Volvió a verlo, inmóvil, delante del garaje, igual que una momia a la que hubiesen abandonado, de pie, en el sarcófago abierto. Abrió la puerta del edificio. Pensaba que le iba a ir pisando los talones por las escaleras. Pero no fue así.

Miró por la ventana de su cuarto. Abajo seguía aquella sombra que destacaba sobre la pared blanca del garaje.

Al día siguiente, salía del Estudio Wacker y allí estaba él, en la acera de enfrente. Se encaminó hacia ella con una curiosa sonrisa.

–¿Me reconoces...?

Ella, sin contestarle, dio un paso, pero él se interpuso.

–Saint-Leu-la-Forêt... Hace mucho, ¿eh? ¿Me reconoces?

Se le había olvidado su nombre. No tenía ya aquel porte espectral de los días anteriores, aquella mirada mortecina. Hubiérase dicho que se había despertado y que se movía por última vez antes de desvanecerse para siempre. La agarró por los hombros para retenerla y ese contacto viscoso le dio una arcada. Tras ocho años, ¿cómo había sabido que ella vivía en aquel barrio? ¿Quién le había dado su dirección y la del Estudio Wacker? Se soltó de un codazo seco y violento que él no se esperaba y lo dejó atrás. Iba andando ahora por el paseo central del bulevar.

Saint-Leu-la-Forêt... Ese nombre le parecía pertenecer a otra vida. Le preguntaría a Hovine cómo se llamaba el espantapájaros que había vuelto a aparecer de repente. Quizá, por una desventurada casualidad, se habían cruzado sin que ella se diera cuenta y la llevaba siguiendo por el barrio desde hacía mucho. Hovine se acordaba seguramente de aquella temporada de Saint-Leu-laForêt. A ella la danza clásica se lo había hecho olvidar todo.

Pero no le preguntó nada a Hovine. Acababa por pensar que se trataba de un sueño, de esos de los que a veces quedan rastros a la mañana siguiente, de forma tal que se mezclan con la vida cotidiana y ya no podemos separar el sueño de la realidad. Lo mejor sería cambiar de domicilio.

Me había fijado en que, en varias ocasiones, al salir del Estudio Wacker y en el bulevar, a la altura del Bastos, se volvía o miraba a derecha e izquierda, como si quisiera comprobar que no la iba siguiendo nadie. Le pregunté por qué parecía intranquila. Me contestó con tono irónico que le daba miedo ver aparecer de nuevo a los «fantasmas del pasado». ¿Y cuáles eran, pues, esos fantasmas? Me sonrió levemente. Quizá sentía aquel día la necesidad de hacerle confidencias a alguien. Todo aquello databa de su infancia y su adolescencia en Saint-Leu-la-Forêt. Allí le había dado una señora clases de ballet cuando era niña y hasta los catorce años. Y ella era quien le había aconsejado que se matriculase en París en el Estudio Wacker y le había escrito una carta de recomendación para Boris Kniaseff. Entonces habían empezado los trayectos en tren de Saint-Leu-la-Forêt a la estación del Norte por las mañanas, y a última hora de la tarde de la estación del Norte a Saint-Leu-la-Forêt. Había conocido al padre del niño, de Pierre, en Saint-Leu-la-Forêt. Era un amigo de Serge Verzini. Este tenía una casa en el pueblo. Habían vivido incluso una temporada en aquella casa. ¿Y el padre del niño, de Pierre? No sabía qué había sido de él. Y, de hecho, ni siquiera se lo preguntaba ya. Y Verzini tampoco lo sabía. Las personas que iban a su casa de campo no siempre eran muy «recomendables». El padre del niño, de Pierre, tampoco. Pero Verzini era un hombre tirando a amable y la había ayudado cuando había querido vivir en París.

Me daba esos detalles a trompicones, desordenados, como si tuviese lagunas de memoria. Por ejemplo, no decía ni palabra de sus padres y de otras muchas cosas. Yo intuía que era inútil hacerle preguntas. No contestaría. Ese pasado le parecía tan lejano que de él solo quedaban retazos que iban flotando a la deriva. Ahora me hablaba del ballet de Balanchine, *La sonámbula* , que llevaba quince días ensayando para la compañía de Félix Blaska. En resumidas cuentas, su vida anterior no despertaba ya en ella el menor interés y se la había quitado de encima como un pellejo muerto. Y eso gracias al ballet. Kniaseff tenía razón cuando decía que la danza clásica es una disciplina que nos permite sobrevivir.

De repente, el nombre del «fantasma» con el que se había encontrado en tres ocasiones le había vuelto a la memoria: André Barise. Tenía un hermano que se le parecía tanto que se preguntaba si no sería mellizo suyo, y cuyo nombre de pila había olvidado. De hecho, decían «los hermanos Barise». Y esas dos palabras para ella iban envueltas en olor a ciénaga.

Iban sobre todo unidos esos nombres a los viajes de ida y vuelta que hacía desde los catorce años, en los trenes entre Saint-Leu-la-Forêt y la estación del Norte y, a última hora de la tarde, entre la estación del Norte y Saint-Leu-la-Forêt. Se encontraba a menudo en el tren de las siete y media de la mañana con los hermanos Barise y, a la vuelta, en el tren de las siete de la tarde, solo con André Barise.

Caras mofletudas, bocas pequeñas y duras. Sus ojos se le clavaban siempre a uno de manera insidiosa. Las manos gruesas y, en contraste, una forma de hablar redicha, un vocabulario que se esforzaban en que fuera distinguido. Y ambos llevaban en el meñique la misma sortija de sello.

Resultaba difícil evitarlos. Si cambiaba de vagón de golpe para escapar de ellos en la parada de Saint-Prix o de Enghien, la seguían. E incluso si hacía transbordo en Ermont para bajarse en la estación de Saint-Lazare.

Los regresos a Saint-Leu-la-Forêt a última hora de la tarde eran los más penosos. André Barise se sentaba a su lado. Si cambiaba de sitio, la seguía. A partir de Ermont, los vagones iban medio vacíos y no podía librarse de él. Se le pegaba. Usaba un tono cada vez más redicho para informarla de sus proyectos. Trabajaba en una oficina, pero pronto iban a contratarlo como asistente para el rodaje de una película en los estudios de Boulogne. Volvía a levantarse y se refugiaba delante de la puerta del vagón. Él iba a reunirse con ella y la aplastaba contra la puerta. Ella se revolvía, pero él la oprimía cada vez con su peso de forma tal que se asfixiaba. Los escasos viajeros se quedaban indiferentes. Creían sin duda que se trataba de un juego, ya que Barise retrocedía de vez en cuando y soltaba la carcajada.

A la salida del tren, en el andén de la estación de Saint-Leu-la-Forêt, ella echaba a correr. Y no tardaba en dejarlo atrás. Él resollaba en pos de ella. Acababa por renunciar. Ella se sentía cada vez más ingrávida al correr y esa ingravidez, esa sensación de estar ya fuera de su alcance, se debía a las clases de ballet.

Pero por las mañanas, cuando se topaba con los hermanos Barise en el vestíbulo de la estación de Saint-Leu-la-Forêt, habría querido acabar con aquello de una vez para siempre. Solo el pensamiento de que no tardaría en estar en París, en el Estudio Wacker, la calmaba.

A última hora de la tarde, en la estación del Norte, el desánimo volvía a adueñarse de ella al ver a André Barise. Tendría que volver a aguantar hasta Saint-Leu-la-Forêt a aquel individuo y su olor a ciénaga.

Era una noche, a la salida de la sala Pleyel, cuando bailaba *La sonámbula* , el ballet de Balanchine. Había ido una mujer a asistir al espectáculo, una tal Paula Hubersen a quien me había presentado durante la fiesta que organizaba el turco todos los años para los bailarines en su pisito de la dársena de La Villette o del canal del Ourcq.

Tengo dudas acerca de la ortografía del nombre. ¿Paula? ¿Pola? Más bien creo que era Pola. [2] Supe mucho más adelante que era la hija de un compositor de operetas que había tenido que marcharse de Viena antes de la guerra para irse a los Estados Unidos. Tenía unos treinta y cinco años y vivía en París, separada de un marido norteamericano. Lo mismo que al turco de la dársena de La Villette o del canal del Ourcq, le gustaba mucho el mundo de la danza clásica. Tenía en él la reputación de ser algo así como una mecenas, pues daba dinero a compañías jóvenes.

Pero, de momento, yo vivía al día sin hacerme preguntas acerca de aquellas y aquellos con los que el azar me permitía codearme. Dejaba que me llevase la corriente. Hacía el muerto. Ayer, al caer la tarde, a esa hora llamada «de entre dos luces», estaba solo y no podía apartar la vista de una ventana encendida en la fachada de un edificio. Me imaginaba que una persona me estaba esperando allí, detrás de los cristales, para responder por fin a las preguntas que me hago hoy acerca de aquella temporada de mi vida, preguntas que llevan tanto tiempo sin respuesta.

Al salir de la sala Pleyel, Pola Hubersen nos condujo hasta su coche. Ella le decía que la había encontrado muy conmovedora en *La sonámbula* , un ballet que había visto unos años antes, con Maria Tallchief en ese papel. Sí, le parecía tan conmovedora como Maria Tallchief. Habíamos subido al coche, la bailarina delante y yo en el asiento de atrás. Pola Hubersen quería llevarnos a cenar cerca de su casa, en una de esas anchas avenidas que salen de Étoile.

Un sitio que habría sido imposible localizar en ese barrio desierto. Se entraba por una simple puerta, como si se tratase de un local clandestino. Por contraste con la oscuridad exterior, la luz cruda de la salita hacía guiñar los ojos. Una barra de caoba. Había unas cuantas mesas con mantel a lo largo de una cortina gruesa que sin duda habían corrido para que no se filtrase luz alguna al exterior. Debido a lo avanzado de la hora, éramos los únicos clientes.

Pola Hubersen era cliente del lugar, puesto que el que parecía el dueño, a quien llamaba por el nombre de pila, le trajo una botella de whisky y un vaso. Y la bailarina no parecía extrañada. Debía de estar al tanto desde hacía mucho de las costumbres de Pola Hubersen.

¿Por qué esta velada se me ha quedado tan presente en la memoria? Al principio, había tenido la sensación de no contar ya con ningún punto de referencia. El lugar en que estábamos parecía aislado del mundo, con esas cortinas corridas que ocultaban la ancha avenida desierta que bajaba hacia el Sena. Si hubiese dejado a la bailarina y a Pola Hubersen y me hubiese encontrado en la calle, en la acera de la avenida, creo que esa sensación no me habría abandonado. Habría ido andando de frente, sin reconocer la ciudad que me rodeaba, y buscado, para tranquilizarme, la estación de metro más próxima, pero a aquella hora las verjas de las estaciones estaban cerradas. ¿A quién preguntar el camino? La bailarina y Pola Hubersen hablaban entre sí y hacían caso omiso de mi presencia. Pola Hubersen se servía regularmente, con ademán refinado, whisky en el vaso y lo bebía a sorbitos sin que el alcohol pareciera hacerle efecto alguno. Me esforzaba en escucharlas con la mayor atención posible, pensando que las palabras de su conversación eran en adelante mis únicos puntos de referencia: Maria Tallchief... Babilée... Rosella Hightower... Michaël Denard... Béjart... A lo mejor deberías estar en esa compañía... Estabas tan bien en *El tren de las rosas* ...

Pola Hubersen se había vuelto hacia mí y me había preguntado con una voz muy suave:

–Y usted ¿se interesa por la danza clásica?

Me había sobresaltado. Hasta ese momento no me había hecho mucho caso.

–Sí, me intereso.

Buscaba las palabras. Me sorprendía tanto que se hubiese dirigido a mí... Y siempre me había costado contestar a las preguntas.

La bailarina había acudido en mi ayuda.

–Se interesa por ella porque le parece que es una disciplina. Una disciplina que nos permite sobrevivir, como repite Kniaseff.

Pola Hubersen no apartaba los ojos de mí. Por lo visto lo que acababa de decir la bailarina le había llamado la atención.

–¿Necesita usted una disciplina?

Y era como si quisiera saber más.

–Sí, por desgracia.

–¿Por qué por desgracia?

–Porque por ahora no doy con ninguna.

Tenía una expresión seria. Parecía tomarse la cosa a pecho.

–Pero acabará por encontrar una disciplina...

–No se preocupe demasiado por mí, ya llegará, ya llegará...

Y me esforcé por sonreír y encogerme levemente de hombros, para romper con el tono serio que estaba tomando la conversación.

Ya en la calle, íbamos avenida abajo. Nos había propuesto «tomar un último trago» en su casa, y esa expresión me

había hecho sonreír. Ni la bailarina ni yo tomábamos nunca tragos.

Me tranquilizaba estar en compañía de ambas. La una e incluso las dos de la mañana. Daban igual las verjas cerradas de las estaciones de metro, la avenida desierta y las ventanas oscuras de los edificios que le daban a uno la impresión de que ya no vivía nadie allí. Y el silencio a nuestro alrededor.

Nos estábamos metiendo por una callecita. Pola abría una puerta cochera y nos cedía el paso. En la oscuridad iba tanteando la pared, buscando el interruptor de la luz de las escaleras. No había que coger el ascensor. El piso estaba en la primera planta. Un vestíbulo. Una habitación bastante amplia cuyas ventanas daban a la calle. Reinaba en ella cierto desorden. Una máscara africana en el suelo, entre las dos ventanas. Figuritas de Shiva y de Ganesha en la repisa de la chimenea y en una mesa baja, delante del gran sofá cubierto de chales de cachemir. Cuadros apoyados unos contra otros igual que para una mudanza habían dejado huellas en las paredes.

Estábamos sentados la bailarina y yo en el gran sofá. Pola vino a reunirse con nosotros con una bandeja que dejó en la mesa baja, entre las figuritas. Llenó los tres vasos con una bebida alcohólica cuyo nombre no podía yo leer en la botella. Bebí un sorbo. Una bebida muy fuerte. Pola Hubersen apuró el vaso. La bailarina, por su parte, no tomó ni una gota. Y me volvió de pronto a la memoria una frase que me había dicho que Kniaseff repetía a sus alumnos: «Los bailarines no necesitan alcohol, ya que la danza es el alcohol más fuerte».

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí. Pola había puesto un disco de música india cuyas sonoridades y silencios se me clavaban con un dolor lancinante. Y las caras de la bailarina y de Pola Hubersen indicaban en ese momento que estaban experimentando la misma sensación.

–Hace frío aquí, ¿no les parece? –nos preguntó Pola Hubersen.

–Sí, algo de frío –dijo la bailarina.

–Ayer quitaron la calefacción. Estaremos mejor en mi dormitorio.

Caminaba delante de nosotros por un pasillo. La bailarina me había cogido de la mano como para llevarme por un camino que ella conocía ya.

La habitación era de las mismas dimensiones que el salón que daba a la calle, pero solamente había una ventana tras unas cortinas rojas. Había una lamparita en el filo de la mesilla de noche atestada de libros. Ella se echó del lado de la mesilla de noche y nos invitó a seguir su ejemplo. La bailarina estaba entre Pola Hubersen y yo. La cama era estrecha. Pola Hubersen estaba apagando la lámpara y arrimándose a nosotros. Solo quedaba ya una raya de luz que venía del pasillo por la puerta entornada.

La mañana siguiente al día en que aquel aparecido la estaba esperando delante del Estudio Wacker y se había librado de él de un codazo, llamó por teléfono a Verzini. ¿Podía verlo lo antes posible? Le dijo que fuera a encontrarse con él en el bar de la calle de Godot-de-Mauroy.

Allí estaba, solo, sentado a una mesa. No se había quitado el abrigo y llevaba botas après-ski. Había nevado durante la noche. Cuando entró ella, se levantó para encender los apliques de la barra.

La bailarina estaba de pie, con aspecto apurado.

–Siéntate. ¿Quieres un café?

Puso en marcha la cafetera y colocó las tazas en la mesa. La miraba sonriente.

–¿A qué debo esta visita madrugadora?

Pero ella seguía callada. Él le cogió la mano.

–¿Pasa algo?

Al fin se decidió. Dijo precipitadamente: «Me está importunando alguien. Alguien a quien conocí hace mucho en Saint-Leu-la-Forêt... André Barise... Eran dos hermanos... los hermanos Barise».

Él fruncía el entrecejo. Ella acechaba su respuesta.

–Barise... Sí, por supuesto... La familia vivía en la calle de L'Ermitage..., cerca de casa... Los padres tenían una sedería pequeña en París. Hasta puedo decirte las señas: calle de Olivier-Métra... Ya ves, tengo buena memoria...

Bueno, pues ese André Barise estaba enterado de sus señas y de las del Estudio Wacker. Ocho años antes ambos hermanos no dejaban de importunarla en los trenes que la llevaban a París para las clases de ballet y, a última hora de la tarde, en el trayecto de la estación del Norte a Saint-Leu. Y, tras todos aquellos años, el día anterior, en la calle, André Barise le estaba cortando el paso y ella le había dado un buen codazo en la tripa para librarse de él.

Verzini parecía abismado en sus pensamientos.

–Vamos a neutralizar definitivamente a ese muchacho...

Con los brazos cruzados encima de la mesa, se inclinó hacia ella y le dijo en voz baja, como si alguien pudiese oírlo: «No te preocupes. Para empezar, tienes que cambiar de casa».

Eso era precisamente lo que quería pedirle.

–Tengo un piso vacío en la Puerta de Champerret. Puedes instalarte allí si quieres.

Ella notaba que se le había quitado un peso de encima.

–Dime sencillamente los horarios de tus clases de ballet en el Estudio Wacker. Le pediré a alguien que vigile los alrededores. ¿Te quedas más tranquila?

Le hablaba como si fuese una niña.

–¿Así que le diste un codazo? La próxima vez ya me ocupo yo, y existe el riesgo de que le resulte algo más doloroso. Si es que sale vivo.

Y soltó una carcajada brusca. La fue siguiendo con la mirada mientras ella iba calle arriba hacia los Grandes Bulevares. Pisaba las placas de hielo y de escarcha con paso ligero –igual que una bailarina, pensaba–. Qué muchacha tan peculiar... No había cambiado desde que era pequeña, cuando la había conocido con su padre y, mucho más adelante, con el padre del niño, de Pierre.

Un día estaban su padre y ella en casa de él, en Saint-Leu-la-Forêt. Al observarlos a ambos, tuvo el presentimiento de que en esa niña los defectos del padre, por un golpe de varita mágica, iban a convertirse en virtudes. Al parecer, el futuro le había dado la razón.

Tenía que esperar a que fueran las seis de la tarde para que Verzini le enseñase el piso de la Puerta de Champerret y le diera las llaves. Había faltado a la clase de ballet, y, cada vez que no podía entregarse a esa disciplina a las órdenes de Kniaseff, ese hecho le producía una curiosa sensación de vacío. Según Kniaseff, primero había que agotar el cuerpo para alcanzar la ligereza y la fluidez de los movimientos de las piernas y los brazos. Y la palabra *agotarse* , que pronunciaba a la rusa, había tardado en resultarle comprensible. Un día en que estaba solo con ella, le había explicado qué significaba: sí, se trataba, a fuerza de ejercicios, de «deshacer los nudos», y resultaba doloroso, pero cuando ya estaban «deshechos», entonces se sentía un alivio, el de quedar libre de las leyes de la gravedad, como en los sueños en los que el cuerpo nos flota en el aire o en el vacío.

Caminaba al azar. Estaba acostumbrada a hacerlo, y a menudo en trayectos largos e incluso después de las clases de ballet. Definitivamente, Kniaseff tenía razón: el cuerpo tenía que agotarse.

Pero aquella mañana no le bastaba con caminar. Así que intentaba pensar en otra cosa, en Verzini que había vuelto a hacerle un favor, como llevaba haciendo unos cuantos años. ¿Quizá en recuerdo del padre del niño, de Pierre? Pero nunca lo mencionaban, y Verzini no sabía qué había sido de él. En una ocasión se lo había preguntado. «Era un bala perdida», se había limitado a decir Verzini. Se acordaba de la casa de Verzini, en Saint-Leu-la-Forêt, en la calle de L'Ermitage, donde había vivido ella con el padre del niño, de Pierre. Estaba allí a menudo una mujer a quien llamaban «señora Juan», una mujer de la edad de Verzini. Siempre había sido muy agradable y le daba ánimos en la época en la que había empezado a dar clase de danza clásica.

Un día, había sorprendido una conversación entre Verzini y el padre del niño, de Pierre. Estaban hablando de la señora Juan. Había tenido, decía Verzini, una vida bastante movida, ya que a su primer marido y, más adelante, a su cuñado los habían asesinado. Ajustes de cuentas. Y Verzini, para hacerle un favor a la señora Juan, le había comprado la casa de Saint-Leu-la-Forêt, en la calle de L'Ermitage, que había pertenecido a su primer marido. Esos eran los detalles que se le habían quedado más o menos en la memoria.

Había vivido unos cuantos meses con el padre del niño, de Pierre. Se ausentaba a menudo y luego se había esfumado. Había contado poco para ella.

A partir del momento en que había empezado las clases de danza clásica, los primeros años de su vida se habían esfumado como un mal borrador. Le había dado la impresión de nacer por segunda vez. O, más bien, era en ese momento cuando había ocurrido su auténtico nacimiento.

Eran las diez de la mañana y estaba nevando otra vez. Una nieve leve, casi gotas de agua. Tenía frío y notaba punzadas dolorosas por todo el cuerpo. Había que «deshacer los nudos», como decía Kniaseff. Así que decidió ir a casa de Pola Hubersen. Era la única que podía aliviarla. Se tendía en la cama. Pola Hubersen la acariciaba, y detenía los dedos en los sitios adecuados con una precisión de acupuntor. Le rozaba los labios con los suyos y ese contacto en su cuerpo era aún más suave que sus dedos. Poco a poco, los nudos se deshacían sin que ella notara aquel padecimiento suyo al principio de las clases de ballet. Se daba el caso de que a veces faltase a una clase y acabase en esa cama con ella. Entonces se dejaba ir río abajo cerrando los ojos.

Cogió el metro e hizo transbordo dos veces. Los trenes tardaban y le costaba calmar la impaciencia. Sabía que a aquella hora Pola Hubersen estaría en casa. Y, además, le había dado una llave del piso por si iba sin avisar.

Se bajó en la estación George-V y fue por la avenida, cada vez más nerviosa. Entró en el edificio que estaba al principio de la calle de QuentinBauchart. Pola Hubersen se levantaba muy tarde y a lo mejor todavía no estaba despierta. Cruzó el vestíbulo y, al entrar en el salón, le llamó la atención un abrigo de hombre en el gran sofá. Seguramente estaba Pola Hubersen con alguien en su dormitorio y no quería sorprenderla. Aquel piso parecía exiguo: el vestíbulo, el salón que daba a la calle y el largo pasillo que llevaba al dormitorio. Pero por una puertecita que se confundía con la pared, al otro lado, se accedía a una hilera de habitaciones, a lo largo de otro pasillo, habitaciones la mayoría de las cuales estaban vacías o, sencillamente, amuebladas con divanes muy bajos. Tomó ese camino, abrió la última puerta a la derecha y se encontró en el espacioso cuarto de baño contiguo al dormitorio de Pola Hubersen. La luz estaba encendida, la puerta que daba al dormitorio, de par en par.

Se desnudó y se puso una bata, una de las que llevaba siempre después de un espectáculo y que se había dejado olvidada allí. Entró en el dormitorio. Había un hombre echado en la cama, a quien reconoció enseguida y con quien había ensayado un dúo en el Estudio Wacker, un tal Georges Starass. Bailando con él había notado una sensación que no había tenido nunca con ninguna de sus parejas de danza, como si ese contacto fuese más íntimo que un simple ejercicio, hasta tal punto que había querido prolongarlo.

Ahora estaban solos los dos en el dormitorio y, al cabo de unos instantes, volvía a tener aquella sensación, igual que el otro día en el Estudio Wacker, de bailar con él con la misma cadencia, en perfecta armonía... Y sin tardanza fulgores cada vez más fuertes se iban sucediendo a intervalos cada vez más cortos. En cada ocasión, notaba un vértigo que se amplificaba hasta el infinito.

A las doce, ese día, teníamos que ir a buscar a Pierre al centro Dieterlen. Le había pedido a Hovine que me acompañase en coche porque estaba nevando. Quería evitarle la cantina, donde tenía que quedarse a diario. ¿Era por mi experiencia de los internados de montaña, cuando nevaba a partir de noviembre y nos refugiábamos bajo los soportales del patio cubierto durante el recreo, tras haber salido del refectorio con la tripa vacía? Intentaba convencer a la bailarina de que le perdonase la cantina a Pierre, sobre todo en invierno. Pero me miraba de una forma muy rara. Por lo visto no entendía mis escrúpulos. Y, sin embargo, yo intuía que había tenido una infancia y una adolescencia más duras que las mías. Seguramente opinaba que el hecho de ir a la cantina no tenía importancia para un niño.

De camino, le iba haciendo preguntas a Hovine acerca de la bailarina y de Pierre. Pero sus respuestas eran evasivas, como si temiese traicionar un secreto y que la bailarina se diese cuenta. ¿Acaso no le decía de vez en cuando que era «demasiado charlatán»? ¿Charlatán? No era esa la impresión que me daba. Cuando estaba en compañía suya, había a menudo entre nosotros largos momentos de silencio.

–¿Le parece que hay que apuntarlo a la cantina?

–Ah, no es muy grave.

Me sonreía. También él, suponía yo, había tenido una infancia y una adolescencia difíciles.

–Lo principal es que nos hagamos cargo de él –me dijo–. A la bailarina no siempre le da tiempo con los ensayos y los ballets.

Luego, con un tono del que me preguntaba si era irónico o admirativo:

–¿Sabe? La bailarina es una gran artista.

Habíamos llegado antes de tiempo y lo estábamos esperando delante del centro Dieterlen. Fue el único en salir, como si recibiera un trato de favor. Sus compañeros estaban en el refectorio. Pensé de repente que le estábamos dando mal ejemplo. Qué se le iba a hacer. Sabía que íbamos al restaurante y sería una ocasión para él de escoger el postre que prefiriese.

Después de comer, llevamos a Pierre a un cine para niños de la avenida de L'Opéra donde echaban películas de Walt Disney. Luego volvimos al piso de la Puerta de Champerret. La bailarina estaba con un tal Georges Starass, un bailarín a quien había visto dos o tres veces con ella y con Pola Hubersen. Kniaseff lo apreciaba mucho por sus dotes, pero él llevaba las riendas de su carrera con desenfado. Se notaba que la danza clásica no era su único interés en la vida. A menudo faltaba a los ensayos e incluso había quien se preguntaba si aparecería en el escenario el día del estreno de un ballet. Yo tenía entendido que tenía que hacer un dúo con la bailarina en el Théâtre des ChampsÉlysées. Y no era la primera vez que bailaban juntos. Kniaseff los había reunido a veces en las clases del estudio.

Pierre se había refugiado en el cuarto del fondo para jugar él solo. Me gustaría mucho saber qué ha sido de él. Hice algunas investigaciones durante los años siguientes, pero no sabía su apellido, su nombre de familia, porque no tenía familia. En sueños, miro a menudo una estrella cuando el cielo está límpido, y tengo la seguridad de que su luz discontinua y remota se dirige a mí, una luz en la que están sumergidos la bailarina, Pierre, Hovine, los habituales del Estudio Wacker, el piso de la Puerta de Champerret, mis comienzos en la vida.

–¿Se interesa usted por el mundo de la danza clásica? –me preguntó Georges Starass.

–Es una cuestión de azar –especifiqué–. El azar de los encuentros.

Georges Starass y la bailarina hablaban de sus próximos ensayos en el Théâtre des Champs-Élysées. ¿Se trataba de *El joven y la muerte* , que Babilée había interpretado tiempo atrás? ¿O sencillamente de *El lago de los cisnes* ? ¿O de un reestreno de *El tren de las rosas* ? Ya no lo sé. Lo recordaré más adelante. Y además no tiene ya la más mínima importancia. Había coincidido con un editor raro, un tal Maurice Girodias, en un café cerca de la iglesia de Saint-Séverin. Habíamos entablado conversación porque estaba en la mesa de al lado de la mía. Había creado en París una colección de novelas en lengua inglesa que la censura había prohibido en los países anglosajones y acababa de abrir un restaurante y una sala de espectáculos en un local muy cerca de allí, en la calle de SaintSéverin. Si quería, podía llevarme a verlos. Al principio me había extrañado la amabilidad que me demostraba. Pero lo había escuchado con una gran atención que seguramente no esperaba encontrar en un muchacho de mi edad.

Tras visitar las dos plantas de su restaurante y, luego, el sótano, una bodega abovedada que quería convertir en boîte, me preguntó si sabía inglés. Le contesté afirmativamente y me propuso trabajar en un libro al que había que añadir episodios y que se presentaba con la forma de un texto escrito a máquina de unas ochenta páginas. Le dije que estaba de acuerdo. Hay tantas formas de ingresar en la literatura... Y cuando aquella tarde, en el piso de la Puerta de Champerret, Starass quiso saber «a qué me dedicaba en la vida» y noté el apuro de la bailarina al pensar que no iba a poder contestarle nada, le indiqué con voz firme: «Escribo libros», lo que trajo consigo el asombro de la bailarina e incluso un mohín por su parte, como si hubiese dicho una mentira. Pero salí enseguida de la habitación para ir a reunirme con Pierre en el cuarto del fondo. Estaba haciendo un puzle, uno de esos puzles grandes que había encontrado yo para él en una juguetería del Faubourg Saint-Honoré. Lo ayudaba a añadir una pieza del puzle a las demás. La ventana daba al patio y a las tardes grises y gélidas del invierno, esos inviernos rigurosos que había en aquellos tiempos.

En el Théâtre des Champs-Élysées, los ensayos de *El tren de las rosas* seguían adelante con Georges Starass. Nunca se había sentido unida a una pareja de danza con un vínculo tan fuerte y tan extraño, ni nunca había sentido hasta tal punto esa tensión del cuerpo que bailar ponía al rojo blanco. Sabía que ese vínculo no duraría. Cuando los ensayos y el espectáculo hubiesen concluido, la vida los llevaría a ambos por caminos diferentes.

Una noche, cuando salía del metro en la estación de George-V para reunirse con Starass en el piso de Pola Hubersen, se acordó de Madeleine Péraud, una doctora que la había tratado a los quince años, cuando había ingresado en el Estudio Wacker, de la paciencia de aquella mujer para explicarle cosas complicadas que acababa por entender, de los libros de mística que le hacía descubrir proponiéndole que copiase en un cuaderno escolar los párrafos que le hubiesen llamado la atención. Una palabra, entre tantas otras, que usaba a menudo la doctora le volvió a la memoria: incandescencia. Le había regalado incluso un librito uno de cuyos capítulos se llamaba «La incandescencia».

Incandescencia, beatitud, arrobo, éxtasis, esas palabras volvían a menudo en los libros que le había dado la doctora, y recordaba la impresión que le habían causado al leerlos por primera vez. Había acabado por pensar que habrían podido utilizarse las mismas palabras para hablar de la danza clásica.

Desde la estación de metro, iba por la avenida para llegar al piso de Pola Hubersen. Esta se había ausentado quince días y, cada vez que quedaba unas horas con Starass, estaba a solas en el piso con él. Era de noche, una noche cálida, aunque fuese el mes de diciembre. Pronto habría un último ensayo de *El tren de las rosas* con Starass en el escenario del Théâtre des Champs-Élysées. Y luego, la noche siguiente, el estreno del ballet, los saludos y los aplausos durante los que el cuerpo está tenso por el esfuerzo y luego se relaja. Y seguramente no lo volvería a ver.

Aquella noche, según se iba acercando al piso, notaba crecer en ella una sensación aguda que iría a más cuando estuviera en el dormitorio con él. Habían ensayado por la mañana y ahora la esperaba en el dormitorio. Intentaba andar con paso sosegado y eso le hacía palpitar el corazón. No había diferencia con la sensación que lo invade a uno en el momento de entrar en el escenario para reunirse con la pareja de danza. Pero era más violento.

Empujó despacio la puerta del edificio y, cuando estuvo al pie de las escaleras, se detuvo un instante. Se esforzó, para subir los peldaños, en recuperar el paso de la sonámbula, que era el suyo en el ballet de Balanchine. En el descansillo, sacó el manojo de llaves del bolsillo del abrigo. No podía ya controlar los nervios y se le cayeron las llaves. La luz de las escaleras se apagó y buscó las llaves a tientas en la oscuridad. Le costó meter la llave acertada en la cerradura porque le temblaba la mano.

Al entrar en el salón vio el abrigo de él, al fondo del todo, colocado en el respaldo del sofá, en el mismo sitio en que lo había visto la primera vez. Anduvo hasta el sofá, con el paso más quedo posible para evitar el más mínimo ruido. Se sentó, con el busto erguido e inmóvil, las rodillas prietas, y ahí se quedó, en la penumbra, pensando en que él la esperaba en el dormitorio. Dudaba acerca del camino que había que tomar para ir a reunirse con él, y esa duda, ese tiempo que dejaba voluntariamente en suspenso, la hacía ascender poco a poco hasta el punto de incandescencia. ¿El pasillo acostumbrado, por el lado del vestíbulo, o el que era más largo, hasta el cuarto de baño? Se oyó cuchichearse a sí misma: «El pasillo más largo...».

Se levantó y empezó a recorrer el pasillo, manteniendo el paso de la sonámbula, pero, por contraste, el corazón le palpitaba tan fuerte que de repente le costaba respirar.

Girodias me entregó unas páginas a máquina que llevaban por título *The Glass Is Falling* . Esa novela, o más bien ese cuento largo, lo había escrito un tal Francis La Mure. Se trataba de la descripción minuciosa de un grupo de inglesas y de ingleses que llevaban viviendo mucho tiempo en una estación de deportes de invierno en Engadina, y de sus relaciones mutuas, relaciones superficiales e incluso impregnadas de cierta libertad sexual.

Le preguntaba si era realmente necesario que añadiese algunos capítulos y si el autor estaría de acuerdo. Sonrió y me dijo que el autor estaba de acuerdo. Puse en el acto manos a la obra sin hacer más preguntas.

Escribía en la habitacioncita que le había alquilado a Verzini, en la calle de Chauveau-Lagarde. En resumidas cuentas, solo escribí dos breves capítulos al final del libro, e integré párrafos más o menos largos en los capítulos anteriores. Si añado los cortes breves en cada página, así como los cambios de palabras o las supresiones de adjetivos, creo que se trató más bien de un trabajo de corrector. Antes de que se publicase la novela en la colección de tapas verdes de Girodias, este quiso entregarme unas galeradas y que lo «celebrásemos» a solas en su restaurante de la calle de SaintSéverin. Me había pedido que fuese a reunirme con él a eso de las once de la noche. ¿Qué estábamos celebrando, exactamente, aquel editor y yo? Una novela, *The Glass Is Falling* , de Francis La Mure, en la que yo había intervenido, pero me decía a mí mismo que nadie lo sabría nunca.

Aquella noche, fui caminando por los muelles. Me había metido hasta el fondo en el bolsillo del abrigo las galeradas de *The Glass Is Falling* que Girodias me había entregado y aún no sabía si se las iba a enseñar a la bailarina. No le faltaba sentido común y me diría con su voz irónica: «Sí, pero este libro no es tuyo. Es de Francis La Mure. Y además está en inglés».

Definitivamente, yo no podía rivalizar con su arte, y esa «gran artista», como decía Hovine, por más que estuviese claro que me tenía cierto cariño, yo siempre me preguntaba si me tomaba en serio.

Pese a esas incertidumbres, el hecho de ir caminando por los muelles me tranquilizaba. Hacía tanto que los conocía... Me resultaban familiares todos los portales de los edificios, la menor ventana y los escaparates de anticuarios que se iban sucediendo hasta la calle de Le Bac.

Al pasar delante del hotel del muelle de Voltaire, lamenté no poder vivir allí, hasta tal extremo ese lugar me había parecido siempre algo así como un punto magnético de París en la linde de ambas orillas. Bastaba con cruzar el puente para hallarse en la orilla derecha, y cuando uno miraba de noche desde la ventana de su habitación, hacia el Louvre y el jardín de las Tullerías, tenía la sensación de que el porvenir que le esperaba estaba colmado de promesas. A la izquierda de la entrada del hotel, detrás de la cristalera de la planta baja, veía el bar, con la luz encendida aún y dos personas en la mesa del fondo. Por un instante tuve ganas de ir a reunirme con ellas. A lo mejor me estaban esperando. O era yo quien había quedado con ellas. Bien pensado, estaba aún en ese período de la vida que llaman «el tiempo de los encuentros».

Había llegado a la altura de la estación de Orsay, fuera de servicio hacía mucho. Una luz imprecisa dentro, y si uno se inclinaba hacia las verjas cerradas se atisbaba en la penumbra el antiguo vestíbulo de entrada y una hilera de taquillas de madera que debían de datar del período de entreguerras, e incluso de principios de siglo. Eran mucho más pequeñas que las taquillas actuales, como si las personas de aquella época no tuviesen la misma estatura que las de ahora. Y, sin embargo, el vestíbulo sin viajeros me recordó al de la estación de Austerlitz la noche en que estábamos esperando, la bailarina, Hovine y yo, el tren de Pierre. Sí, en una época muy remota había aún una muchedumbre en el vestíbulo de la estación de Orsay y tres personas –una mujer y dos hombres– habían ido a recoger a un niño e, igual que nosotros, estaban de pie al principio del andén e intentaban localizarlo entre el raudal de viajeros. Luego habían ido por el andén a contracorriente y lo habían visto bajar con su maleta de uno de los últimos vagones. Y yo acababa por convencerme de que éramos nosotros, pues las mismas situaciones, los mismos pasos, los mismos gestos se repiten a través del tiempo. Y no se han perdido, sino que están grabados para toda la eternidad en las aceras, en las paredes y en los vestíbulos de las estaciones de esta ciudad. El eterno retorno de lo mismo.

Cruzaba el puente de La Concorde y la perspectiva de regresar a mi cuarto me causaba cierta aprensión. A la entrada del edificio tendría que encender el interruptor y volver a encontrarme con una luz velada, algo así como debilitada, en las escaleras y sobre todo en el interminable pasillo, con las placas de esmalte en cada puerta. Y temía que la luz no fuera la misma en el piso de la Puerta de Champerret en donde la bailarina no estaría seguramente y donde me arriesgaba a despertar a Pierre y a Hovine. Hubiérase dicho que, incluso de día, esa luz me impregnaba la vida. Una luz nunca sincera.

Sin embargo, en las lindes de la plaza de La Concorde, me pareció que los faroles lucían con un resplandor más intenso que de costumbre y que estaba desembocando en un calvero espacioso o en una explanada a orillas del mar. Soplaba una brisa que venía del lado del jardín de las Tullerías o del principio de la gran avenida forestal, a la izquierda, del lado de Les Champs-Élysées. La plaza era como un oasis en la penumbra. Respiraba a pleno pulmón y había recuperado mi euforia y mi despreocupación natural. Ya no me daba miedo enfrentarme con la luz velada de las escaleras y del pasillo del edificio. Según andaba, los pies no me tocaban ya el suelo, como los de la bailarina en el ballet *El tren de las rosas* . Y, al pensarlo, me moría de risa.

A veces, Pierre y yo hablábamos los jueves, según volvíamos del cine. Intentaba entender cuál había sido su vida antes de llegar una noche a la estación de Austerlitz. Pero los recuerdos de un niño son tan fragmentarios como los que me quedan a mí de mi juventud. Cuando pienso en esos pocos retazos: la bailarina, el Estudio Wacker, Pola Hubersen y su piso, Hovine y su abrigo de espiguilla, hay un parecido con los recuerdos que conservaba Pierre de un momento, de un lugar, de unas cuantas palabras que había oído. Y nunca, en el futuro, podría reconstruir el conjunto como lo hacía cuando concluía sus puzles.

Por ejemplo, me había dicho que el tren que lo había traído una noche a París venía de Biarritz. La bailarina nunca había querido especificarme ese detalle salvo con una frase evasiva: «Estaba por ahí, por la costa vasca». Las preguntas referidas a Pierre le resultaban embarazosas y sin duda se reprochaba haberlo abandonado. Y él ¿había notado la separación? Aparentemente no, porque se le había olvidado la temporada de su infancia anterior a Biarritz y en la que su madre podría haber estado presente. Solo dos imágenes de aquella temporada se le habían quedado en la memoria: un reloj en un prado de césped en cuesta cuya esfera la componían flores al filo de una avenida donde había una feria. Se había subido en un auto de choque rojo con alguien que seguiría siendo siempre un desconocido. Y había un perro por alguna parte, pero no podía decir dónde.

De Biarritz recordaba «Sainte-Marie», su primera escuela, donde le daban a uno la «cruz» todas las semanas cuando había sido un buen alumno, y el sitio donde vivía, cerca de la escuela y del «castillo Gramont». Y las olas muy altas que le daban miedo cuando hacía mal tiempo, y estas palabras: «Toro de fuego», [3] que había oído a menudo y que no entendía. Y también la cara de la señora que lo cuidaba, pero nunca se había preguntado quién era con exactitud. Era como si los niños nunca se hicieran preguntas y no les extrañase nada.

Lo llevaba al bosque de Boulogne los días en que hacía bueno. El autobús, las barcas, el Chalet des Îles con el minigolf...

La mayoría de las veces, durante nuestras caminatas por París o los trayectos en autobús, no hablábamos. El silencio era entre nosotros un vínculo mucho más fuerte que las palabras. Éramos como esos que andan juntos sin decirse nada, pero siempre por el camino más largo.

El otro día, en este año de 2022, iba por la calle de Notre-Dame-des-Champs. Había un coche aparcado al borde de la acera, casi a la altura del cruce con la calle de Vavin, y había un hombre al volante con la ventanilla abierta.

–Eh, tú..., el elegante...

Se asomaba por la ventanilla, mirándome fijamente. Un hombre de mi edad. Tenía el cutis algo picado de viruelas. Y el pelo aún color castaño. Pero a lo mejor se lo teñía.

Seguí andando. Detrás de mí volví a oír, con voz más alta:

–Qué... elegante... ¿Ya no se me reconoce?

No sé qué escrúpulo me entró de pronto. Di media vuelta y llegué a su altura. Le dije con voz extrañada:

–¿El elegante soy yo?

Llevábamos tres años pasando por tiempos difíciles, como no había conocido otros en la vida. Y el mundo había cambiado tan deprisa a mi alrededor que me sentía un forastero. Llevaba un anorak negro viejo, un pantalón arrugado de color beige y zapatos con suela de crepé. No, no era una temporada para andarse con elegancias. Más bien para ser discreto.

Me miraba con sonrisa socarrona:

–Ay, el elegante..., siempre igual... ¿Has vuelto a ver a los colegas del curro?

–¿El curro?

Me confundía con otro, pero a mi edad se acaba por no estar seguro de nada. A lo mejor había tenido por poco tiempo un «curro», como decía él, que se me había olvidado. Y tomábamos a veces algo entre colegas al final del día, al salir de la oficina.

–Yo me fui de ese curro hace diez años.

Lo miraba con la mayor atención posible. Realmente, no me sonaba de nada. Pero sabía hasta qué punto los rasgos de un rostro pueden cambiar en cincuenta años. La nariz. Los labios. Los ojos.

–¿Así que no has vuelto a ver a los colegas del curro?

No me hablaba solo con tono socarrón sino con cierta agresividad. Y yo no tenía el más mínimo recuerdo de esa cara con el cutis algo picado de viruelas.

Me había quedado pensativo junto a él. Un hombre que se me parecía, o quizá yo, bien pensado, había sido colega suyo, pero por lo visto era incapaz de decirme cómo se llamaba y el nombre de la empresa del «curro». Se contentaba con repetir clavándome una mirada de gavilán y asintiendo con la cabeza:

–Ay... el elegante..., el elegante...

¿Para qué insistir? Aproveché un instante de distracción por su parte, cuando empezó a buscar algo en el bolsillo de la chaqueta, y apreté el paso hacia la calle de Vavin. Al cabo de un momento, lo oí vociferar con tono amenazador: «¿Qué, elegante, así que dejamos tirados a los amigos, elegante...?». Se había apeado del coche y por un momento temí que me persiguiese. Pero aquel era un episodio de poca importancia en el mundo tan duro y tan incomprensible en que vivíamos desde hacía una temporada.

Elegante. Era una palabra que le volvía a menudo a los labios a la bailarina, ya se tratase de su oficio o de la vida corriente. Una bailarina «elegante», un bailarín «elegante», repetía de algunos de sus colegas, y eso quería decir que sus ademanes eran particularmente gráciles y aéreos. Se lo repetía a su pareja de danza Georges Starass, al que parecía considerar así por la desenvoltura con la que dirigía su vida. Y le bastaba con cruzarse con alguien por la calle o con hallarse en presencia de un recién llegado para decir: «Qué elegancia...». Lo decía de Pierre en las infrecuentes ocasiones en que lo veía jugar en su cuarto o irse al colegio.

Un día en que me estaba burlando de ella afectuosamente haciéndole la pregunta: «Y tú ¿eres elegante?», me lanzó una mirada triste: «Ah, no. Nada de nada».

Una tarde, la había acompañado a Repetto a comprarse unas zapatillas de puntas y unas mallas y habíamos ido a parar a un bar estrecho y profundo, en el bulevar de Les Capucines, Le Trou dans le mur, [4] donde se reunía a veces con sus amigos bailarines de la Ópera.

Daba la impresión de que ese local no había cambiado desde la década de 1930, igual que una habitación tapiada desde hacía mucho que aparece al tirar un tabique en un piso, con sus muebles de antaño, su cama deshecha donde aún perdura la huella de una cabeza en la almohada, y un diario de la tarde rodando por encima de la mesilla de noche cuyo titular anuncia el asesinato del presidente Paul Doumer. Seguramente por eso el sitio se llamaba Le Trou dans le Mur. Desde fuera, en la pared oscura, resultaba muy difícil localizar la entrada.

–¿Y tú? –me preguntó–. ¿Has encontrado trabajo?

Por primera vez me hacía una pregunta concreta acerca de «mi trabajo». Pensaba que no tenía ninguno, puesto que no se lo mencionaba. Yo era siempre muy discreto en todo cuanto se refería a mí. Mi vida había transcurrido hasta entonces en cierta soledad que no me había predispuesto a las confidencias.

–Sí, he encontrado trabajo. Para un editor. Me ha dado un libro inglés para que lo corrija.

Había fruncido el entrecejo.

–¿Un libro inglés?

–Edita una colección de libros en inglés. Su editorial se llama Olympia Press.

Había puesto una voz circunspecta para pronunciar «Olympia Press». Quería convencerla de lo seria que era la empresa.

–Suprimo frases y adjetivos. Añado párrafos. Tengo también que escribir dos capítulos de propina. Es una especie de ejercicio, algo así como cuando tú haces ejercicios en la barra.

Esa comparación no parecía convencerla. Y a mí me daba algo de vergüenza comparar ese trabajo de corrección con los ejercicios que le había visto a menudo hacer en el Estudio Wacker. Y sin embargo ya estaba convencido por entonces de que la literatura era también un ejercicio difícil, como la danza clásica, pero de otra forma.

–¿Así que escribes las correcciones en inglés, si lo he entendido bien?

–No. En francés. Me resulta más natural. Luego las traducirán al inglés en Olympia Press.

–¿Me enseñarás el libro ese?

No estaba seguro de que se publicase. Y ella también parecía escéptica en cuanto al desenlace de ese proyecto. No merecía la pena explicarle lo raro que era ese editor, Maurice Girodias. Ni sobre todo la clase de libros que componían el catálogo de su colección con las tapas verde oscuro.

De hecho, hablábamos muy poco de literatura. En su cuarto había un centenar de libros colocados en dos estantes muy bajos, cerca de su cama. Se dividían entre novelas policiacas de la Série Noire y obras consagradas a las experiencias de místicas: santa Teresa de Ávila, Claudine Moine, Marie des Vallées, Louise du Néant, Hadewijch de Amberes... Llevaban en la guarda un nombre escrito a lápiz: Madeleine Péraud.

Aquel día, desde Le Trou dans le mur quiso acompañarme a mi habitación de la calle de Chauveau-Lagarde. La luz de las escaleras y del largo pasillo me pareció menos velada que de costumbre gracias a su presencia. Era la primera vez que iba, y examinaba el papel pintado viejo, la ventana que daba al patio, el lavabo, la mesa con cierta sorpresa.

–Verzini podría haberte encontrado algo mejor.

Pero, en lo que a ella se refería, no era muy exigente. Se acordaba, me dijo, de haberle preguntado a eso de los catorce años a Kniaseff si no había un cuartito en el Estudio Wacker donde pudiese dormir; incluso un saco de dormir en el suelo de tarima de la sala donde se daban las clases de ballet le habría bastado. Kniaseff había parecido asombrarse. «¿Y a sus padres? ¿Qué les parece?» Ante esa pregunta se había quedado callada. ¿Sus padres? ¿Cómo describírselos? Más valía no entrar en detalles.

Le indiqué la mesa donde llevaba a cabo, le dije, mis «tareas literarias».

Se había sentado al filo de la cama, una especie de catre.

–Deberías venirte a vivir a la Puerta de Champerret.

A veces pasaba la noche en su cuarto. Pero a menudo ella volvía muy tarde. Salía con «colegas», como decía ella, o asistía a sus espectáculos. O iba a cenar a casa de Pola Hubersen. Cuando Hovine se marchaba del piso y Pierre se había dormido, notaba algo así como angustia, como si ella no fuese a volver nunca. Entonces, para recobrar la serenidad, leía los libros colocados en los dos estantes. No las novelas de la Série Noire, las había leído todas, así como una novela de ciencia ficción que me había sorprendido encontrar en su biblioteca, *Los cristales soñadores* , sino las obras referidas a las místicas.

Algunos fragmentos estaban subrayados a lápiz. ¿Por la doctora Péraud? ¿O por la propia bailarina? Había descubierto un cuaderno escolar en cuya tapa estaba el nombre de la bailarina. Habían copiado en él la mayoría de los fragmentos subrayados en los libros con una letra de adolescente, y no podía ser sino la letra de la bailarina. Y en una de las páginas estaba pegada la reproducción de un cuadro que representaba a la Virgen desatando una cinta enredada y cuyo título era *María Desatanudos* . Había dado con varias reproducciones de ese cuadro en forma de postales que estaban guardadas en el cajón de la mesilla de noche, y me había regalado una con una dedicatoria en la que se limitaba a explicarme que era un amuleto.

¿Había tenido una experiencia de orden místico siguiendo los consejos de la doctora Péraud, que había sido «un respaldo para ella»? No me había dado ningún detalle más acerca de esa mujer, y yo había caído en la cuenta enseguida de que no iba a responder a mis preguntas y de que practicaba tanto el arte de callarse como el de la danza, dos artes que en mi opinión tenían puntos en común. Y yo no le había hablado nunca del cuaderno escolar que había descubierto entre los libros. Los leía en su cuarto a la espera de que regresase a eso de las doce de la noche o a veces incluso a las dos de la mañana. Mucho más que al final de una larga conversación entre nosotros que, de todas formas, sabía que no iba a ocurrir nunca, me parecía que esa lectura me permitía conocerla mejor y entenderla. Y ello gracias a los fragmentos que había subrayado y a los títulos de algunos capítulos, *El castillo interior, Las siete moradas, Cartas de Louise du Néant, La solitaria de las rocas* ... Me había llevado un día a la iglesia de Saint-Ferdinand des Ternes, cerca del piso de la Puerta de Champerret, para encender unas velas, y me había contado que hubo una temporada en que, al salir del Estudio Wacker, buscaba refugio a menudo en la iglesia de Saint-Jean-des-Briques, en Montmartre. Pero lo había dicho en un tono intranscendente, como un detalle que se le pasaba por la cabeza y sin mayores consecuencias.

Yo acababa por creer en un vínculo entre esas lecturas místicas y los interminables ejercicios de ballet que la veía practicar en el Estudio Wacker, todos esos gestos dolorosos para que el cuerpo pudiera salir poco a poco de su ganga y alcanzar por fin esa comarca de beatitud y de éxtasis que describían los libros prestados por la doctora Péraud. Me hubiese gustado saber qué opinión tenía aquella doctora sobre la bailarina. Pero de pronto oía el ruido de la llave en la cerradura y sus pasos en el pasillo y eso bastaba para disipar todos mis pensamientos transcendentes.

Alguien me despertó llamando con fuerza a la puerta de mi habitación.

–Soy Verzini.

Fui a abrir.

–Perdone que venga por sorpresa. Quería hablar con usted.

Estaba de pie, en medio de la habitación, con cara de apuro. Le indiqué la silla que había detrás de la mesita, por la que andaban desperdigadas las hojas de las galeradas de *The Glass Is Falling* . Se sentó.

–¿Es la mesa en la que trabaja?

–Sí.

Me había sentado en el filo de la cama. Yo también me sentía apurado.

–Me ha dicho ella que a usted no le parecía muy cómoda esta habitación.

–Qué va. Hace el apaño la mar de bien.

–Creo que tiene razón. Es culpa mía. Cuando vino usted a verme no tenía nada más disponible.

Estaba inclinado en la silla. No se había quitado el abrigo. Yo había encendido la lámpara de cabecera, porque la luz era fría y gris. Una auténtica mañana de invierno, como las había aún por entonces.

–Le he dicho que iba a encontrarle algo mejor. Lo antes posible.

–No merece la pena.

Se volvió hacia mí. Estábamos cara a cara. Apoyaba el codo en la mesita, con la barbilla en la palma de la mano.

–Parece quererlo a usted mucho.

Me miraba en silencio, con una sonrisa pensativa.

–Y yo la conozco desde hace tanto que no puedo negarle nada.

Me sorprendía que ese hombre, de silueta recia enfundada en su abrigo, hubiese dicho esas palabras: «Parece quererlo a usted mucho». Nunca hubiera imaginado que una declaración así saldría de él, que me parecía tan brusco. ¿Y ella? Ignoraba lo que pensaba de mí en realidad y me había dado cuenta enseguida de que las confidencias no eran su punto fuerte. Pero siempre había desconfiado de los charlatanes. Y me gustaba su silencio.

–A menudo estoy en el piso de Puerta de Champerret –le dije–. Lo que me permite ocuparme de Pierre.

No pude por menos de hacerle la pregunta: «¿Hace mucho que la conoce?».

Al fin y al cabo, era él quien había pronunciado aquella frase y yo no estaba dando muestras de indiscreción.

–Sí, mucho. Es la hija de uno de mis amigos. Y el padre del niño, de Pierre, era también uno de mis amigos. Aunque más joven que yo... Tuvo que irse de Francia hace ocho años.

Me miraba de frente, a los ojos, como si se dispusiese a confesarme algo pero todavía se lo estuviese pensando.

–¿Cómo se lo diría? Pertenecíamos a un entorno un tanto peculiar.

No hacía falta que me diese detalles. Lo había entendido. Mi propio padre y sus amigos... Pese a cierta elegancia externa, una amabilidad e incluso una dulzura que manifestaban a menudo en la vida corriente, no me hubiese extrañado que en una oficina de la policía judicial me hubiesen enseñado sus fotos antropométricas, de frente y de perfil. Y otras fotos en que estuvieran sentados, con las esposas en las muñecas.

–Salió del paso como pudo –añadió Verzini–. Gracias a la danza. Se dio una disciplina. Y siempre he querido ayudarla dentro de mis posibilidades.

Se había vuelto hacia la mesita. Cogía una a una las hojas de las galeradas de *The Glass Is Falling* repartidas por allí, desordenadas, e intentaba reunirlas.

–Le pasa un poco lo que a usted. Supongo que trabaja en esta mesa con todas estas hojas porque usted también precisa una disciplina.

Me asombraba su clarividencia. Era como para creer que me había calado.

Le dije: «Tomo ejemplo de la bailarina».

Había acabado de ordenar las hojas y colocaba con exquisito cuidado el montón en el centro de la mesita.

–¿Y usted? –le dije–. ¿Cómo se las apañó?

Se quedó un momento callado y acabó por decirme: «Bueno, pues en determinado momento yo también tuve que poner un poco de orden en mi vida».

Me dejaba asombrado que utilizase las palabras que repetía Kniaseff para anunciar el principio de las clases en el Estudio Wacker.

Se levantó. Palpaba el radiador.

–Es verdad que no hay mucha calefacción aquí. Ya habría podido avisarme.

Antes de salir de la habitación, se volvió hacia mí: «Hasta muy pronto. Y ánimo».

Oí menguar sus pasos, unos pasos plúmbeos de vigilante nocturno. Me daba la impresión de que se iba parando un momento delante de cada puerta de aquel pasillo tan, tan largo.

Al salir del edificio, con la bolsa de Repetto en la mano, la bailarina había pensado que aquella habitación a él se le quedaba realmente demasiado pequeña, sobre todo si tenía que rematar sus «tareas literarias». Decididamente, Verzini habría podido encontrarle algo mejor.

Por si acaso, se encaminó hasta la calle Godot-de-Mauroy. Pero era ya primera hora de la tarde y el bar estaba cerrado.

Entonces se sintió algo desvalida en aquel barrio al que hacía mucho que no iba. Le entraron ganas de dar media vuelta y reunirse con él en su habitación. Pero, si había salido, temía notar la impresión de vacío que se adueñaba de ella a veces cuando andaba sola por las calles.

Iba caminando hacia los Grandes Bulevares. Para cobrar valor y luchar contra el vacío, repetía en voz baja, maquinalmente, una oración que le había enseñado la doctora Péraud y que le había vuelto a la memoria, igual que un recuerdo de infancia. «... María Santísima, tú que desatas los nudos que asfixian a los niños, tiende tus manos misericordiosas hacia mí». La decía muy deprisa, sin separar las palabras, y se convertía en un estribillo que la apaciguaba. Y de repente entendió el motivo de su malestar: un día, a primera hora de la tarde, hacía ya ocho años, seguía ese mismo trayecto, en ese mismo barrio entre la Madeleine, el bar de Verzini y Saint-Lazare, y hoy iba pisando exactamente por sus propias huellas. Recordaba a Verzini aquel día, solo en su bar vacío, con cara de preocupación; le había dicho que el padre del niño, de Pierre, la estaba esperando ahí, al lado, en la iglesia de Saint-Louis d'Antin.

Conocía bien esa iglesia porque vivía desde hacía unos meses con el padre del niño, de Pierre, cerca, en la calle de Le Havre, en un edificio de oficinas en cuyo portal era imposible imaginar que hubiese un piso en la última planta, un piso de apariencia clandestina. La iglesia estaba perdida entre el barullo que reinaba durante todo el día alrededor de los Grandes Almacenes, de la estación de Saint-Lazare y del liceo Condorcet. Raudales de coches y de peatones.

Cuando entró en la iglesia, estaba sentado en una de las últimas filas de sillas, a la izquierda de la crujía. A esa primera hora de la tarde, la iglesia estaba vacía. Se sentó a su lado y él le dijo en voz baja que no le quedaba más remedio que irse de París lo antes posible y que ella no podía ya volver al piso de la calle de Le Havre. Le alargó un maletín de cuero sin darle explicaciones. Le escribiría. Ahora era más prudente que saliese de la iglesia antes que él. Ella ni siquiera le dijo que estaba esperando un hijo.

Se encontró sola en la calle, pero ahora con una sensación de alivio como no había sentido nunca. Estaba segura de que no volvería a verlo y de que a partir de ese día empezaba para ella una nueva vida. Algún tiempo después, sorprendiendo en una conversación las expresiones «error de juventud» y «mal encuentro», pensó que ella también había cometido un «error de juventud» tras haber tenido un «mal encuentro». Pero ya había olvidado casi a ese hombre y su último encuentro en la iglesia de Saint-Louis d'Antin. ¿Qué es exactamente, se preguntó, un error de juventud? La mayoría de las veces, casi nada. A su edad todo cicatriza muy deprisa y pronto no queda ya ni siquiera el rastro de una cicatriz. Ya no hay testigos de cargo. No queda ya rastro de nada. Otra vez la inocencia.

Iba andando con el maletín en la mano y era como si fuese a marcharse de viaje. Ni siquiera necesitaba irse de viaje. Dentro de una hora estaría en el Estudio Wacker y empezaría sus ejercicios a las órdenes de Boris Kniaseff, y eso valía más que todos los viajes del mundo.

Pero ¿qué había en ese maletín? No pesaba mucho. Calle de Amsterdam arriba, buscaba en vano un banco, un callejón sin salida, una glorieta, en donde abrirlo sin que la vieran, pero no podía hacerlo en plena calle. Entró en el edificio del Estudio Wacker y se escabulló entre los pianos viejos hasta el fondo de la planta baja, allí donde había una zona en penumbra. Dejó el maletín encima de un taburete. Había una llavecita metida en la cerradura. Abrió. Unos cuantos fajos de billetes de banco sujetos con unas gomas anchas. Cerró el maletín y se metió la llave en el bolsillo del abrigo hasta adentro.

No llegaba tarde a la clase de Kniaseff. Pero en la entrada del estudio le daba vergüenza llevar ese maletín y buscaba un sitio donde esconderlo. Lo dejó en el hueco de una de las ventanas sin que les llamase la atención a Kniaseff y a los demás alumnos. Al fin y al cabo, no habrían podido imaginarse lo que contenía, y allí, al fondo de la habitación, no era sino un objeto trivial.

Kniaseff iba a empezar la clase. Aquella tarde, con su voz sonora, recalcando el acento ruso, pronunció la frase ritual, como una señal que indicase el fin del recreo: «Y ahora, señoritas, caballeros, pongamos orden en todo esto».

Ella le echó una breve mirada al maletín, en el suelo, al fondo del estudio. Sí, tiene razón, pensó. De verdad que a partir de hoy tengo que poner orden en todo esto.

Cruzaba el bulevar de Raspail por el mismo sitio en que me había parecido ver a Verzini la semana anterior, en ese París que no reconocía. Mucha menos gente por el bulevar, pero aún unos cuantos batallones de turistas, extraños turistas que no se sabía de dónde venían ni cuáles eran sus lenguas si se los oía hablar. Seguían arrastrando tras de sí las maletas de ruedas y llevaban las mismas gorras de visera, los mismos pantalones cortos y las mismas camisetas. Y las mismas mochilas. ¿Hacia qué andaban? ¿Hacia un cuerpo del ejército estacionado en algún punto concreto de París? Reconozco que me daba igual y que me corría prisa llegar al café desierto donde habíamos hecho un alto Verzini y yo, ese café que parecía protegido aún de la dureza del tiempo presente.

Había marcado, al día siguiente de nuestro encuentro, los dos números que me había dado Verzini, el del móvil y el del «fijo», como decía él, pero ambos estaban mudos. Inútil insistir. Bien sabía que ya no volverían a descolgarlos. ¿Estaba completamente seguro de haberme encontrado con ese fantasma? ¿O se trataba de un sueño que había tenido la víspera de aquel encuentro y que permitía que persistiese durante el día para olvidar el presente?

¿Qué había sido de la bailarina y de Pierre, y de aquellos con quienes me había cruzado por entonces? He aquí una pregunta que me hacía a menudo desde hacía casi cincuenta años y que hasta ahora se había quedado sin respuesta. Y de repente, ese 8 de enero de 2023, me pareció que no tenía ya importancia alguna. Ni la bailarina ni Pierre pertenecían al pasado, sino a un presente eterno.

Creía que su recuerdo me llegaba como nos llega la luz de una estrella muerta hace mil años, como dice el poeta. Pero no. No había pasado, ni estrella muerta, ni años luz que nos separasen para siempre unos de otros, sino ese presente eterno.

Conservo imágenes exactas de una Nochebuena en que la bailarina nos había arrastrado a Pierre y a mí a la misa del gallo de la iglesia de SaintFerdinand des Ternes. Decía que era nuestra parroquia. Salimos de la iglesia y emprendemos el camino de vuelta. La bailarina lleva a Pierre de la mano. Es la primera vez que los veo así y me acuerdo de la llegada de Pierre a la estación de Austerlitz y del apuro de ambos en el andén, cara a cara. Luego, de repente, se pone a bailar un paso a dos con él en la ancha acera del bulevar de Pereire. Luego otra figura de danza cuyo nombre ya no sé. Luego otra. Y Pierre la mira riéndose. Por mi parte, imito la voz de Kniaseff como tantas veces la he oído en el Estudio Wacker. «Y ahora, señoritas, caballeros, pongamos orden en todo esto.» Sigo dando órdenes a la bailarina adoptando la voz de Kniaseff: «Quiebra el codo... Quiebra el codo... *Grand jeté... Penché... Déboulé... Battement tendu.* ..».

Pierre se ríe cada vez más alto. Y reanudamos la marcha los tres en la oscuridad hasta el final de los tiempos.

1 La Caja de Magia. *(N. de la T.)*

2 En francés la *o* (tanto la abierta como la cerrada) tiene varias ortografías. *(N. de la T.)*

3 En castellano en el original. *(N. de la T)* .

4 El agujero en la pared. *(N. de la T)* .

Título de la edición original:
La danseuse
© Éditions Gallimard
París, 2023

Ilustración: © Gianni Gianisanti / Getty

Edición en formato digital: mayo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2026
© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U, 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-5067-3

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es